

ningún modo son ajenos a las dos Américas, como una creciente inclinación por los vestigios más antiguos, la implantación del llamado estilo neoclásico, el surgimiento de una historiografía del arte y, por último, la expansión del propio concepto de Antigüedad.

Exposición de cámara (como la notable que preparó para la Biblioteca Pública de Nueva York el historiador Anthony Grafton en *New World, Old Texts*), ésta sobre el *Museo de papel* se fragmentó en los siguientes apartados: “La Antigüedad puesta en imágenes: investigaciones anticuarias entre la Antigüedad pagana y la Antigüedad cristiana”; “Lo clásico y la alteridad; antigüedades egipcias, etruscas y nacionales”; “Reunir, montar, clasificar: colecciones y catálogos”; “Medir la Antigüedad: investigaciones anticuarias, geometría, historia natural”; “Excavaciones, descubrimientos y relaciones de viaje: Italia, Dalmacia, Grecia y Levante”; y “¿Hacia una historia del arte por los monumentos?”

El recorrido inicia en las páginas del *Museo Cartaceo* de Cassiano dal Pozzo (1588-1657) y concluye en dos imponentes planchas de la *Histoire de l'art par les monuments* de Jean-Baptiste-Louis-Georges Séroux d'Agincourt (1730-1814). Entre estos dos extremos, la mirada salta sobre las obras de Giovanni Giustino Ciampini, Pietro Santi Bartoli, Jean Mabillon, Bernard de Montfaucon, Francesco Bianchini, Scipione Maffei, Inigo Jones, François-Roger de Gaignières, Thomas Dempster, Anton Francesco

Gori, Francesco Moratti, Anne Claude Philippe de Thubières, André Félibien, Giovanni Gaetano Bottari, Pierre-François Hugues d'Hancarville, Giambattista Visconti, Philipp von Stosch, Pierre Jean Mariette, Philipp Daniel Lippert, Claude Perrault, Antoine Desgodetz, Gérard Audran, Sébastien Leclerc, Jacob Spon, Robert Wood, Julien-David Le Roy, James Stuart, Robert Adam, Jean-Baptiste-Claude Richard, Henry Swinburne, y el ya citado Winckelman. Ellos son los artífices de una serie de genealogías visuales, las cuales cabe rastrear en el amplio registro de las antigüedades americanas. Sin este norte se corre el riesgo de imitar al arrogante Mono Anticuario, togado coleccionista, como lo retrató Jean-Simeon Chardin, quien con la mayor facilidad no sólo se interesa en todo y en nada sino que confunde el valor con la autoridad. ■

LA HUELLA EN LOS HUESOS

Alejandro Becerra Dubernard

La historia de la exposición *La huella en los huesos. Un acercamiento a la antropología física* inició un día a finales del mes de abril, en medio de la vorágine en la que estábamos sumergidos por la reestructuración de los museos que acompañaron a los festejos del bicentenario.

Aquel día pintaba tranquilo, ya que todo el día ficharía un libro

del maestro Carlos Herrejón sobre los procesos a los que fue sometido José María Morelos. Me encontraba sumergido en el proceso que le siguió la Santa Inquisición cuando sonó mi extensión y me invitaron a pasar a la oficina de la que era mi jefa en ese entonces.

La instrucción fue coordinar una exposición sobre enfermedades que ha padecido la población mexicana a través del tiempo y que dejan huella en los huesos, misma que sería inaugurada en el mes de agosto en el Palacio de la Escuela de Medicina de la UNAM, antiguo Palacio de la Inquisición (en ese momento, Morelos regresó a mi mente: coordinaría una exposición en el lugar donde fue juzgado y degradado eclesiásticamente). La exposición sería curada por el maestro José Concepción Jiménez y por Rocío Hernández, ambos antropólogos físicos que trabajan en la Dirección de Antropología Física del INAH. La museografía estaría a cargo de mi maestra, Paty Real, quien falleció posteriormente.

Siguiendo las indicaciones, llamé por teléfono para concertar una cita con el curador. La cita resultó en un desayuno en la cafetería del Museo Nacional de Antropología. He de confesar que no sabía mucho del tema, además de que me parecía morboso exhibir fragmentos de esqueletos de personas que padecieron alguna enfermedad. Sin embargo, en las reuniones —que se convirtieron en largas pláticas— fui aprendiendo sobre la importancia de los estudios en antropología física, parti-



Cráneo de la exposición *La huella en los huesos*

cularmente sobre los trabajos que se realizan en paleopatología.

Conforme fuimos avanzando en el planteamiento curatorial, se fue desvelando ante mí una nueva forma de conocer la historia de la humanidad en México y de cómo se investiga. Una historia que quedó marcada en los huesos y que es posible leer mediante la investigación científica y el uso de nuevas tecnologías.

Mi primer contacto con la colección (una de las más importantes del mundo por abarcar todos los periodos históricos del país, así como por tener ejemplares únicos, los cuales están expuestos) fue cuando se realizó la toma fotográfica de todos los materiales, que antes de eso sólo eran fémures, cráneos, húmeros, radios, mandíbulas, enlistados en un pa-

pel. Al momento en que se abría una caja, se abría una ventana al tiempo: esos restos óseos de hombres, mujeres y niños, que íbamos a fotografiar, estaban por contar-nos un poco de su historia y de su momento.

Poco a poco y después de varias sesiones viajamos por todos los periodos de la historia nacional. Iniciamos con ejemplares de hace más de catorce mil años, es decir con los primeros pobladores; siguieron los restos de la época prehispánica; continuamos con los materiales del virreinato; por último, fotografiamos los especímenes de la época contemporánea. Se hicieron alrededor de 1,200 tomas.

Una vez seleccionado el material había que ubicarlo en salas. En un principio, y como siempre, las salas parecen suficientes, pero

a la hora del sembrado siempre son insuficientes. Se tuvieron que realizar algunos ajustes, además de que se incluyó un tema que no estaba contemplado en un principio: el quehacer de la antropología física en México. La exposición iniciaba con instrumentos y herramientas de uso cotidiano utilizados dentro de un laboratorio osteológico, además de la recreación de una excavación *in situ* que nos dio la pauta para entrar de lleno a la exhibición de los especímenes, los cuales estaban expuestos de manera cronológica, iniciando con los primeros pobladores de lo que hoy es el territorio nacional y concluyendo con la época actual.

La exposición estuvo enriquecida por objetos prehispánicos que nos acercaron a la representación de la enfermedad, al conocimiento de la anatomía y de las prácticas medicinales. También se mostraron algunos exvotos virreinales que nos ayudaron a ilustrar la enfermedad en aquella época. El diseño museográfico contó con una serie de imágenes que facilitaron la recreación y el entendimiento de los diferentes estilos de vida, así como material audiovisual que nos narró la evolución de la medicina en México.

Por último, esta exposición fue concebida para acercar al público no especializado a los estudios que se desarrollan en México sobre la antropología física, además de mostrar un poco de las colecciones osteológicas resguardadas por el INAH, y que son parte invaluable de nuestro patrimonio nacional. ■